

Sobre los retos de narrar a un animal

Jaguar

SANTIAGO WILLS

Literatura Random House, Bogotá,
2021, 211 pp.

PIENSO EN una fotografía de Jesús Abad Colorado. En ella se puede ver a un jaguar con dos collares gruesos puestos, de pie sobre sus cuatro patas. La cámara lo enfoca completo, mientras que de las personas a su alrededor solo vemos las piernas con zapatos deportivos y sus fusiles, que descansan sobre la culata, tomados con suavidad por las puntas. El jaguar está entre dos filas de hombres. En esa posición, el animal se ve casi indefenso. ¿Qué hace ahí? ¿Es la mascota de alguien? ¿Es otro integrante más de las filas de este ejército irregular? Y, por cierto, ¿por qué los hombres no están vestidos de uniforme? Probablemente estaban en medio de las negociaciones de paz entre el gobierno de Álvaro Uribe y las Autodefensas Unidas de Colombia, en Santa Fe de Ralito (como dicen algunas descripciones de la foto). ¿También iban a entregar al jaguar, como supuestamente entregarían sus armas? ¿Estaría dispuesto el jaguar a entregar una vida al servicio de uno de los ejércitos paramilitares más sanguinarios de la historia de América Latina, a cambio de un proceso de reincorporación a la vida salvaje?

Jaguar, dice Santiago Wills, surgió de un rumor, de una imagen que se le plantó en la cabeza: un jefe paramilitar que tenía un jaguar de mascota (lo que sea que eso significa, ¿pues cómo puede un jaguar ser una mascota?, ¿qué es entonces una mascota?). Esa misma foto de Jesús Abad Colorado sirvió —dice también Wills— de confirmación de ese rumor, le dio forma a lo que estaba imaginando. La novela está construida como una especie de “coro” de voces que cuentan la historia de Martín Pardo, alias “Jaguar”, ese jefe paramilitar que vivía acompañado de su felino, Ronco. Con un armazón que homenajea el esquema barroco del Quijote (recordemos: un autor falso, un libro perdido, una traducción), *Jaguar* es el fruto del trabajo periodístico que le dejó al autor un amigo cercano

asesinado por un sicario. El autor, que firma el prólogo como “Santiago Wills”, se dio a la tarea de continuar la investigación y terminar de escribir el libro, aunque aclara que noveló la investigación periodística de su amigo.

El protagonista es un hombre atormentado. Las historias familiares de experiencias en el conflicto armado colombiano (descarnadas y de gran sevicia) se le mezclan con alucinaciones de alimañas, animales monstruosos, picos y garras que lo acechan. Su historia la conocemos no solo por su boca, sino también por parte de otros personajes: su hermano y compañero de milicia, su pareja, otro viejo compañero miliciano, una figura política conservadora local, e incluso el mismo Ronco, que no habla en primera persona pero al que la narración sigue de cerca, principalmente, en algunos capítulos. Es así como vemos su transformación de un niño fascinado por las historias de su abuelo a un sanguinario comandante, autor de una masacre en la que asesinaron a un pueblo completo.

Ronco también está construido desde la voz de los otros, quienes cuentan sus historias, el origen de su relación con Martín Pardo, su importancia dentro del bloque paramilitar. Pero, sobre todo, es un personaje construido desde sus sensaciones. Su presencia se narra desde lo que siente, ve, huele, oye, saborea. En un afán de verosimilitud, la narración parece decidirse por la corporalidad de ese personaje extraño: un jaguar en una historia llena de humanos. Y para desafiar un poco esa verosimilitud, la narración también nos dice que Ronco puede oler la rabia, o sentir la frustración de los demás personajes, y leemos que los paramilitares creen que el jaguar puede ver espantos y sentir presencias sobrenaturales. Estas dos formas de narrar al jaguar, sin embargo, no están tan alejadas: si es pura sensación, pura corporalidad, de alguna forma tendrá que sentir más, ver más, captar más esas otras presencias que nos acompañan. El jaguar, que es puro sentido, siente mejor.

Estas estrategias narrativas para construir tanto a Martín Pardo como a Ronco pueden ser las virtudes pero también los problemas principales de *Jaguar*. Virtudes porque la novela descansa sobre dos apuestas que tienen

gran potencial narrativo: la historia de un jefe paramilitar que se construye a partir de las pequeñas historias que se pueden contar de él, sus pequeñas y grandes decisiones, los nudos de su vida, sin llegar en ningún momento a justificarlo o exculparlo; y la presencia desestabilizante de un jaguar que, aunque es visto como poderoso y fiero por algunos de los humanos, también es un compañero inseparable y un ser curioso y hasta juguetón, ajeno a los entramados de la guerra y a las traiciones personales.

Los problemas aparecen por otro par de razones. Primero, porque la estructura que quiere ser “polifónica” (es decir, incluir distintas voces narrativas) lleva atado el peligro de que todas las voces se parezcan, o se confundan, como sucede con algunos de los personajes de *Jaguar*. Solo Turpial, un excompañero de milicia de Martín Pardo en las épocas más difíciles de su depresión, tiene una voz inconfundible, con un registro popular costeño trabajado con cierto cuidado (aunque a veces suena caricaturesco). La confusión de voces también surge de una forma de tratar la polifonía que suele ser un problema narrativo en las “novelas del conflicto”: narrar a los personajes como si fueran *tipos sociales* y no como individuos (o sea, sujetos construidos en tensión con diversas fuerzas históricas). Esto es evidente con dos personajes en particular: la política local conservadora y la mujer de izquierdas. Sus voces se parecen tanto porque no son personajes, son ideas genéricas de lo que deberían ser una política local conservadora cualquiera y una mujer de izquierdas cualquiera. Sus voces no encarnan las particularidades de sus historias personales, las formas en que se sitúan en los flujos históricos de los que participan. Este es un problema muy común cuando se quiere construir una polifonía: que la primera persona suena más a una tercera persona enunciada desde una serie de tipos sociales establecidos (el político, el cura, la periodista). Esos tipos son útiles para una “polifonía” que no es de voces, como procura *Jaguar*, sino de “puntos de vista”. Y son dos cosas muy distintas.

Por otro lado, como bien podría intuir quien haya leído literatura en la que hay personajes animales, el “punto de vista” más difícil de lograr

RESEÑAS		NOVELA
<p>narrativamente es el de Ronco, el jaguar. La novela va construyendo a un Martín Pardo que tiene una relación ambigua con “los animales” (mantengo las comillas, porque es difícil meter en una misma palabra a una hormiga y a una ballena azul): en sus alucinaciones lo acechan alimañas; en su infancia estaba obsesionado con libros como <i>La llamada de la selva</i> y enciclopedias sobre animales; las historias familiares que más recuerda sobre la sevicia del conflicto son aquellas que los incluyen, como la de una persona a la que le abrieron el torso para meterle un gato vivo, y por ahí aparece, incluso, el burro-bomba de Chalán. Sin embargo, Ronco solo parece cumplir la función de terminar de darle forma al protagonista como alguien que es capaz no solo de sevicia y venganza, sino también de ternura y cuidado. Ese jaguar, acompañado ya de una pequeña constelación simbólica que ata a Martín Pardo a los animales –a esa pulsión que fascina y repele, que identifica y marca una tajante diferencia–, juega un papel, digamos, “demasiado humano”. Su presencia no desestabiliza como podría. En cambio, parece que también juega otros papeles: el de ser una prueba de destreza narrativa que la novela se impone a sí misma, o ser la “voz” que le falta a esa buscada polifonía. Ronco parece también un tipo, ya no sociológico, sino biológico, y por eso tanto énfasis en la forma en que sus sentidos dan cuenta del mundo que lo rodea.</p> <p>En los últimos años hemos visto en Colombia un interés creciente por entender y narrar el conflicto armado de formas en que los seres humanos no son los únicos protagonistas. Basta echar un vistazo a algunas publicaciones de la Comisión de la Verdad (como el volumen testimonial <i>Cuando los pájaros no cantaban</i>) para encontrar que esta es una quebrada que va tomando fuerza. <i>Jaguar</i> es, quizá, la primera novela que abiertamente le da un papel protagónico a la relación entre un ser humano y un animal como forma de entender la historia de un actor de la guerra. No es un gesto menor, pues los conflictos armados son fenómenos poderosos que pocas cosas dejan sin trastocar en la vida histórica de los pueblos. Explorar las distintas maneras en que se han transformado</p>	<p>las relaciones que establecemos con los animales no solo puede ayudar a entender otras facetas de nuestras guerras, sino también a imaginar un futuro posible en el que (más allá del sentimentalismo animalista) surjan formas más justas de habitar lo común. Aunque no creo que vaya a ser, como procura <i>Jaguar</i>, a través de la manida polifonía de los “puntos de vista” (un avatar del vacío pluralismo liberal, dirían algunos), ni a través de ver al “animal” como un reto narrativo que hay que superar y no como un nudo de posibilidades políticas.</p> <p style="text-align: right;">Jose Castellanos</p>	